

RESEÑA DE LIBROS

I. EDICIONES Y TÉCNICA FILOLÓGICA

POSEIDONIOS. — *Die Fragmente*. Herausgegeben von WILLY THEILER. I: *Texte*, XV + 399 pp. II: *Erläuterungen*, VII + 436 pp. Berlín - Nueva York, Walter de Gruyter, 1982.

Dentro de la colección que lleva por título «Texte und Kommentare. Eine altertumswissenschaftliche Reihe», la editorial Walter de Gruyter acaba de dar a la estampa una obra en dos volúmenes acerca de Posidonio de Rodas o de Apamea, consagrados respectivamente a la recopilación de los textos que a su figura o a sus doctrinas hacen referencia y a los comentarios que a la totalidad de ellos ha hecho Willy Theiler, el responsable de la edición.

Obvia es la importancia de Posidonio en la antigüedad, no sólo por el carácter enciclopédico de sus conocimientos sino también por los contactos que mantuvo durante su vida con determinados miembros de la «nobilitas» tardorrepública vinculados familiarmente al antiguo Círculo de Escipión como Q. Cecilio Metelo Numídico, P. Rutilio Rufo y Q. Elio Tubero, nieto de Emilio Paulo y sobrino de Escipión Emiliano, quienes pudieron incidir en la actitud desfavorable de Posidonio hacia el «ordo» ecuestre en general y muy particularmente con respecto a la política de los Gracos y de Mario.

Pero al haberse perdido su obra, el principal problema que nos plantea la figura de Posidonio estriba en que de su vida y de su pensamiento solamente nos quedan las muy dispersas noticias transmitidas por otros autores: sin embargo, no supone esto merma de su importancia, sino todo lo contrario, ya que de Posidonio hablan autores tan alejados del tiempo en que le tocó vivir, como Boecio dentro de la literatura latina y Juan Tzetzes por lo que se refiere a la bizantina.

La presente obra viene a colmatar una laguna en la bibliografía existente sobre el polígrafo de Apamea, pues constituye el primer comentario sistemático a la totalidad de los fragmentos desde el realizado por D. Wyttenbach, padre de los estudios de filología clásica en la Holanda contemporánea, para la edición de J. Bake (*Posidonii Rhodii reliquiae doctrinae*, Leiden 1810), porque de la llevada a cabo por L. Edelstein y I. G. Kidd únicamente ha visto la luz el tomo dedicado a la recopilación de los fragmentos (*Posidonius. I: The Fragments*, Cambridge 1972).

W. Theiler ha dividido los textos recopilados y las correspondientes exégesis en los siguientes apartados desde el punto de vista temático: testimonios y fragmentos, subdivididos éstos a su vez en los relativos al océano y a su entorno, en los históricos recogidos por Polibio, en los filosóficos y en los de carácter técnico, además de una serie de fragmentos varios entre los que se engloban las epístolas y las noticias de idiosincrasia bien dudosa, bien completamente espuria.

Se puede afirmar que la labor de Theiler ha supuesto un éxito, siendo modélica en su género y superando con creces en lo referente a la recopilación de textos a la verificada por los tratadistas británicos anteriormente citados, porque no se ha limitado como ellos a recoger los fragmentos que mencionen a Posidonio sino que ha dado cabida a todo tipo de noticias sobre sus doctrinas; y así nos asombra Theiler por la exhaustividad de la que hace gala en el terreno de la recolección de fuentes, ya que en esta obra no aparecen solamente las vinculadas con los diferentes epígrafes en que se halla dividida sino igualmente algunas que nos podrían parecer tan alejadas de la actividad habitual de Posidonio como el *Digesto*, o tan distantes cronológicamente de él como Juan Lido, Esteban de Bizancio y los ya mentados Boecio y Juan Tzetzes.

Asimismo es digna de alabanza la exégesis efectuada que revela unos profundísimos conocimientos de todas las disciplinas que atañen a la «Altertumswissenschaft», no limitándose a la filología sino englobando también la historia, ya de los acontecimientos políticos como sucede a la hora de interpretar las noticias de Polibio o las aportadas por Focio y la *Suda*, ya de las corrientes filosóficas, donde renuncia al cómodo expediente de adscribir a Posidonio al estoicismo de manera única, puesto que el polígrafo de Apamea sigue las directrices de esta escuela de forma primordial pero en absoluto unívoca, ya de la evolución del pensamiento científico, y todo ello según la varia naturaleza de los temas a comentar.

Por otro lado es excelente la metodología utilizada, que supone una perfecta puesta en práctica del principio rector de su investigación enunciado en la undécima página de la introducción al primer volumen y donde afirma Theiler que se propone continuar las pistas de interpretación que imprimió K. Reinhardt a la «deutschen Poseidoniusforschung». Asimismo merece ser recalcada la concordancia que, fallecido Theiler en 1977, realizó E. Mensching y que constituye un paradigma de cómo ha de verificarse una labor tal.

En suma, se puede calificar la obra reseñada de imprescindible para el estudio de Posidonio pero también para todo interesado en la antigüedad clásica en general: es un verdadero ejemplo de la manera en la que los autores de este período han de ser interpretados porque, como sucede en el comentario que sobre Amiano Marcelino hizo E. A. Thompson, la exégesis de una sola figura se convierte a través de ella en una reproducción exacta de todas las corrientes que incidieron en el momento histórico en que le correspondió vivir, y no como por desgracia en momentos recientes ha tenido lugar en un simple índice sistemático algo más detallado.

GONZALO FERNÁNDEZ

LUNDSTRÖM, SVEN. — *Ein textkritisches Problem in den Tusculanen*. Acta Universitatis Upsaliensis. Studia Latina Upsaliensia, 15. Uppsala 1982, 60 pp.

El librito que nos ocupa investiga la corrupción que se encierra en las palabras *et proprium* (*Tusc.* II 11, 26) que, en frase del autor, constituyen la dificultad de crítica textual más grave de las *Tusculanas* de Cicerón. Lundström busca la luz en pasajes paralelos considerando detenidamente ciertos fenómenos sintácticos y estilísticos. Analiza la tradición manuscrita poniendo de relieve la lectura *et proprium*. Mientras *quasi dictata* es una alusión al alumno que recita la lección ante el maestro, *proprium* significa la elegancia con que Filón cita los versos como algo suyo propio. La acertada conjetura de Lundström corrige *et* en *ut* y *proprium* en *propria* concordando con *poemata*. Interpreta *lecta* como atributivo trayendo a colación el pasaje Cic. *Off* 1, 27 *an consulto et cogitata fiat iniuria*, añadiendo la advertencia de que los diccionarios, incluso el *Thesaurus Linguae Latinae*, no recogen *cogitatus* como adjetivo. Alguno de los pasajes aducidos como ejemplo de hipérbaton convendría revisarlo a la luz de la doctrina de L. Rubio Fernández (*Introducción a la sintaxis estructural del latín*, Barcelona 1982, p. 191 ss.). El interpretar *inquiunt* como palabra intercalada a manera de paréntesis parece obedecer al sistema de puntuación moderno que separa entre comas este verbo, pero que los romanos leían sin pausa alguna, excepto en casos especiales. (Cf. Angel Anglada, «La puntuación del ms. Reginensis 331 en el texto de Paciano de Barcelona», *Vetera Christianorum* 12, 1975, pp. 269-316.) Las palabras *Crantor inquit uester* formaban para los *Grammatici* y *Rhetores* latinos una unidad parcial. A tenor de la figura del ornato de la longitud de los miembros el octosílabo *Natura adjert dolorem* va seguido de otro miembro de doble extensión, 15 sílabas, *cui quidem Crantor inquit uester cedendum putat*, ornato que quedaría destruido con una pausa delante de *inquit* y otra detrás. En *quae imperium antea nostrum terminabat* advierte Lundström que *antea terminabat* daría una cláusula mejor, que de hecho sería c3δ. El concepto de cláusula buena, mejor, mala, peor obedece a la frecuencia mayor o menor, a una gradación, que olvida la expresividad rítmica, es decir, la relación entre contenido y cláusula. Por otra parte, el orden *imperium antea nostrum* quita importancia al adverbio y forma una unidad parcial. Resulta algo oscura la frase: «es ist nicht zu beweisen, dass Cicero dem Klauselrhythmus zuliebe die betreffenden hyperbata verwendet hat». El método tiene un rigor científico y una minuciosidad observados con tanto primor, que hacen de esta breve investigación un modelo de metodología en crítica textual.

ÁNGEL ANGLADA

TITE-LIVE. *Histoire Romaine*, Livre XXXVIII (Tome XXVIII). Texte établi et traduit par RICHARD ADAM. Collection des Universités de France sous le patronage de l'Association Guillaume Budé. Paris, Les Belles Lettres, 1982, CIV + 218 pp. (2 a 97 pp. dobles), 2 mapas.

Esta obra contiene la primera edición crítica de un libro de la octava péntada de Tito Livio (libros XXXVI a XL) que aparece desde que el maestro A. M. McDonald en su *Praefatio* a la edición oxoniense de los libros XXXI-XXXV culminó la tarea

LIV, 2.º — 10

de establecer sólidamente, y con general aceptación, la historia de la tradición del texto de toda la cuarta década de Livio. Adam ha revisado y colacionado para el libro XXXVIII los seis códices del siglo XIV y XV que representan las dos derivaciones del hipotético *uetus Carnotensis*, presunto responsable de las tradiciones que llegan a Petrarca, a los códices florentinos del XV independientes de la revisión y correcciones del gran poeta y humanista, y a las ediciones más antiguas de T. Livio.

Adam sólo presenta tres conjeturas personales, de las que una es ofrecida como verosímil y relegada al aparato crítico, sin ser introducida en el texto, pero aporta bastantes novedades de detalle respecto de las ediciones teubneriana (Weissenborn-Müller) y de las siempre agudas enmiendas de Madvig. Así ocurre con nombres propios (2, 4 *Aethopam*; 10, 4 *Hicesiae*; 19, 1 *Magaua* y no *Magaba*, etc.), que Adam justifica en las notas complementarias o en el aparato, relacionando los lugares, aunque sin reproducir los textos, al final de su Introducción. Lo mismo sucede en una docena de pasajes en los que el consenso de los códices derivados del *Carnotensis* sugiere a Adam una alteración del orden de las palabras en las últimas ediciones. A mi juicio, cuando el grupo de los códices del XIV y el de los del XV leídos por Adam coinciden, debe cambiarse el orden del *textus receptus*, que es casi siempre el de B, sin más minucioso escrutinio, siempre que la expresión resultante no disuene del uso de Livio: 17, 17; 18, 5; 23, 2; 25, 15; 27, 7; 28, 5; 36, 5; 37, 11; 40, 12; 45, 8. En otros varios lugares, que el editor relaciona junto con los de los dos anteriores apartados en las páginas C y CII de la Introducción, rechaza conjeturas o recomienda una vuelta a los manuscritos, que son operaciones siempre saludables.

Las conjeturas de Adam son las siguientes: en 7, 9 propone *furcis* en vez de *furculis*, con el significado de «andamio». Tiene razón y al lugar paralelo de Livio que él aduce (I 25, 9) se puede añadir otro (XXXVIII 3, 7), sin más que consultar el Packard. En XXXVIII 18 propone la supresión del primer *ut* de la frase. Yo creo que debe conservarse. Se trata de la reproducción en lenguaje indirecto del contenido de un tratado, de una fórmula imperatoria muy semejante a la de otro pasaje del propio Livio (XLII 28, 7): *consulibus... imperavit senatus ut... precarentur, ut quod bellum populus Romanus in animo haberet gerere, ut id prosperum eueniret*. Hay un paralelismo casi estricto entre los dos *ut* de XXXVIII 38, 18 (*ut si quid... addi... placuisset, ut id... fieret*), y los segundos y tercer *ut* del pasaje del libro XLII. La tercera conjetura de Adam, que suple una línea perdida por salto de palabra igual en 14 es verosímil, pero tan arbitraria como las anteriormente propuestas por otros editores.

Me he demorado en el texto, que es sólo una parte de la obra de Adam, por los motivos que he expuesto al principio de esta reseña. Pero no querría omitir otras consideraciones. Adam, en su estudio preliminar, insiste (p. XIV ss.) en la unidad literaria del libro, con lo que se inscribe en la línea hoy predominante entre los críticos y comentaristas de Livio como el americano Luce, los franceses Hus y Jal, el inglés Briscoe, y yo mismo, que estamos convencidos de que, para Livio, el libro, como la péntada, son unidades literarias sabiamente construidas y no puros cortes arbitrarios en un relato continuo. Yo creo que puede avanzarse un poco más allá de lo que ha hecho Adam en el análisis, por así decir, arquitectónico del libro. El centro material del libro es el breve pasaje anticuario del capítulo 28, que sirve de transición entre las respectivas campañas de los dos cónsules del año 189. Pero el eje estructural y, casi diría ideológico, en torno al cual

se articula el libro se halla en el capítulo 38, que reproduce el texto del tratado de Apamea, que suscriben los romanos con Antíoco, como consecuencia de las campañas asiáticas del año anterior. Enseguida vienen los debates políticos, que culminarán en los procesos de los Escipiones, que ocupan los once últimos capítulos.

No hay lugar ya para glosar otras interesantes cuestiones suscitadas en esta edición, como la identificación de las fuentes analísticas del libro y los problemas técnicos del acuerdo entre el calendario griego, empleado por Polibio y muy ajustado al astronómico, y el civil romano, que en toda la edad precesariana difiere de aquél, a veces hasta medio año e incluso ocho meses.

Por ahora, la de Adam es la edición del libro XXXVIII que deben manejar los estudiosos. Su aparato crítico, la introducción y las notas complementarias la enriquecen. Con ella se ha avanzado en el texto y en la comprensión del libro y de toda la cuarta década.

ANTONIO FONTÁN

I Frammenti dei «poetae nouelli». Introduzione, testo critico e commento a cura di SILVIA MATTIACCI. Roma, Edizioni dell'Ateneo, 1982, 236 pp.

Los restos de los llamados *poetae nouelli* no llenan más de varias páginas de los *FPL* de W. Morel. Con tan escaso material puede parecer osado creer en la existencia de una escuela de poetas que continuara la tradición de los neotéricos en el s. II d. C. El mismo nombre de *nouelli* aparece en una cita de Terenciano Mauro, donde el término no significa otra cosa que 'reciente'. De ahí que ante una nueva edición de los fragmentos de estos poetas casi desconocidos debamos partir de una cuestión previa: ¿existió una escuela de poetas *nouelli*, como defiende E. Castorina (*Questioni neoteriche*, Florencia 1968, p. 157 ss.), o se trata de una simplificación de los críticos a partir de datos poco fiables, como piensan E. J. Kenney (*CR* 20, 1970, p. 52) y A. Cameron (*HSCP* 84, 1980, p. 127 ss.)? La a. acepta sólo convencionalmente (p. 15) el nombre de *poetae nouelli* y señala con razón que es excesivo considerar el movimiento de los *nouelli* como una emanación de la *elocutio nouella* liderada por Frontón (p. 17), a la que también hay que poner en cuarentena, porque el movimiento arcaizante latino del s. II d. C. fue el complemento aticista de la Segunda Sofística (cf. *Faventia* 5, 1, 1983, p. 77).

Destaca por su interés el capítulo tercero (pp. 39-45) sobre la métrica, la lengua y el estilo de los *nouelli*, aunque se echa de menos un estudio comparativo con otros autores de la época tanto griegos como latinos. Se comprobaría, por ejemplo, que los recursos sonoros tan queridos de Floro, Adriano, Anniano, Septimio Sereno o Alfio Avito eran explotados igualmente por los sofistas de la época, como E. Aristides y Apuleyo, maestros de prosa poética.

Tras la introducción se ofrece el texto de los fragmentos con un amplio comentario lingüístico y literario. Sirva de ejemplo el famoso «Adiós a la vida» de Adriano que merece la pena comentar. El texto impreso por la a. es:

*Animula uagula blandula,
hospes comesque corporis,
quae nunc abibis in loca
pallidula rigida nudula
nec ut soles dabis iocos* (fr. 3).

La a. ha seguido a W. Morel al entender que *quae* es pronombre relativo y que los adjetivos *pallidula rigida nudula* acompañan a *loca*. Sin embargo, el v. 4 parece corresponderse con el v. 1 tanto en forma (palabras, sílabas y fonemas similares) como en contenido (la palidez, rigidez y desnudez convienen más a *animula* que a *loca*) y *quae* funcionaría como adjetivo interrogativo o exclamativo concertando con *loca*. Así lo entendió el gran filólogo I. Casaubon en su fina traducción griega citada por la a. (p. 66) que bien vale la pena reproducir aquí:

Ἐράσμιον ψυχάριον,
 Ξένη, χ' ἑταῖρα σώματος,
 Ποῖ νῦν, τάλαιν', ἐλεύσεαι,
 Ἄμενης, γοερά τε, καὶ σκιά,
 Οὐδ' οἶα πάρος τρυφήσαι;

El libro, interesante en muchos aspectos, termina con una nota bibliográfica e índices muy útiles, sobre todo el *index uerborum* (pp. 225-31).

ANTONIO RAMÍREZ DE VERGER

NORBERG, DAG. — *Critical and Exegetical Notes on the Letters of St. Gregory the Great*. Filologiskt arkiv, 27. Kungl Vitterhets Historie och Antikvitets Akademien. Estocolmo, Almqvist & Wiksell International, 1982, 35 pp.

Los directores del *Corpus Christianorum* encargaron, como era natural, la edición del *Registrum* del epistolario de Gregorio Magno al maestro de la filología latina tardía y medieval Dag Norberg, que es, sin duda, el primer experto mundial en esta importante y significativa obra. La edición de Norberg acaba de publicarse (CC, vols. CXL y CXLA, Turnhout 1982). El ilustre autor de la que ha de ser por largo tiempo la edición básica, si no definitiva, del *Registrum* ha dedicado estas páginas a explicar el método con que la ha elaborado y a analizar los pasajes en que más señaladamente se separa del texto de Ewald y Hartmann en los *MGH* (*Epist. I-II*, Berlín 1887-1889). Y, en algunos casos, curiosamente, vuelve al de los Maurinos del s. XVIII, acreditando la buena nariz latina de éstos.

Norberg ha aplicado simultáneamente todas las técnicas de la filología sobre los pasajes controvertidos: las relaciones entre los manuscritos comparando sus respectivas autoridades; la gramática del latín de Gregorio Magno y de su cancellería, anteriormente establecida por el propio Norberg en los dos famosos volúmenes de sus *Studia in Registrum...* (Upsala 1937 y 1939); la lexicografía específica de los autores y de la época, que les permite emplear *putare* (p. 7) como un verbo de voluntad; las contaminaciones entre dos o tres fórmulas de análoga significación que dan lugar a una construcción chocante (pp. 8 y 9); el empleo, sobre todo por los secretarios del Papa, de las cláusulas *o*, para mejor decir, del *cursus*; la preferencia que debe otorgarse a la *lectio difficilior* (p. 10), y los fallos que muchas veces encierra la *facilior*; los errores cometidos por los escribas al resolver mal abreviaturas, por ejemplo, de títulos honoríficos de personas, tan frecuentes en la época; las malas lecturas paleográficas de copistas más tardíos que en una escritura cursiva antigua confunden *-r-* y *-s-*; etc.

Yo, que debo cierta afición por el *Registrum* del Papa Gregorio al magisterio de Norberg, a quien tuve el honor de atender en la Universidad de Granada, donde yo enseñaba cuando nos visitó en 1951, no tengo que decir que suscribo casi todas las correcciones que él ha propuesto a la edición decimonónica de los *MGH*. Creo que, cuando en la página 17 apoya una lectura muy razonable en la frecuente confusión entre *-b-* y *-d-* durante la Alta Edad Media, habría que añadir —en favor de las tesis del autor— que esto tiende a ocurrir desde fines de la Antigüedad, cuando se hacen cada vez más frecuentes las *-d-* «à panse droite» que dicen los franceses: los *ductus* de la letra en cuestión son los de la *-d-*, pero su apariencia a primera vista, para ojos no expertos, es la de una *-b-*.

Acabaré con unas observaciones. Este trabajo completo y ameno habría quedado más claro en algunas de sus afirmaciones mencionando siempre el *cursus* y no las cláusulas. En época de San Gregorio un secretario, o el propio Papa, escribiendo en prosa, no distingue un ditroqueo de un doble espondeo. Igualmente me hubiera gustado un mayor recurso a una terminología tan consolidada como la de *lectio faciliior* o *difficilior* para rechazar o aceptar una lectura. Los lugares paralelos, en fin, son un argumento casi definitivo en favor de una lección o de una conjetura. ¿Pero es *priuatum asserit* la lección más apropiada para IX 3, 11 s.? Y, por último, la admisión del onomástico *Azimarchus* (IX 57, 11 s.) requeriría, a mi juicio, el apoyo de alguna otra mención del mismo nombre en la cultura de la época. No pienso que se trate de un *hapax*, como, según el maestro Norberg, parece.

ANTONIO FONTÁN

JACHMANN, GÜNTHER. — *Textgeschichtliche Studien*. Herausgegeben von CHRISTIAN GNILKA. Königstein, Verlag Anton Hain, 1982 (Beiträge zur Klass. Phil., Heft 143), XIII + 528-883 pp.

La piadosa devoción de la viuda y los discípulos del ilustre maestro Jachmann ha permitido la publicación ya en dos volúmenes de una serie de escritos reunidos del autor (1887-1979). El primero (*Ausgewählte Schriften*, 1981, 527 pp.) apareció con el número 128 en la misma serie de «Beiträge» del editor Hain: comprendía principalmente trabajos sobre autores latinos.

Este segundo contiene investigaciones de crítica textual sobre Platón (1941), el texto protoalejandrino de Homero (1949) y Juvenal (1936). Pero junto a ellos un estudio sobre las «Binneninterpolationen» (o interpolaciones que se insertan en los textos), con numerosos ejemplos, de poetas sobre todo, griegos y latinos. Este trabajo se publicó en 1936. Su conclusión es que las interpolaciones se pueden estudiar sistemáticamente según sus características formales y tipológicas (por ejemplo, derivadas de la adición o sustitución de una sola letra en la línea anterior, que da lugar a que alguien introduzca, añadiendo un verso o dos hemistiquios, si se trata de poesía, una línea que se despega del contexto, pero que es como una glosa o explicación del pasaje modificado, etc.). A veces se descubren por un error métrico. El hilo de la investigación formal conduce a determinar unas características de contenido (cf. p. 579). Esta teoría de la interpolación no conduce a actitudes hipercríticas, sino a una depuración sistemática y racional de los textos. Está

empíricamente deducida del examen de multitud de casos tanto griegos como latinos, a lo largo de cuyo estudio se demuestra que las interpolaciones antiguas, en escritores griegos, son particularmente frecuentes en los autores escolares (Homero, Platón), y en el caso de Platón se hallan ya en los papiros.

Una extensa sección del presente volumen está dedicada al examen de las interpolaciones en texto de Juvenal (pp. 746-825). Algunas de estas interpolaciones han sido reconocidas como tales por editores tan sobrios y cuidadosos como Clausen (OCT, 1959, cf. *ib.*, p. XIII, *de tota hac quaestione... luculente scripsit G. Jachmann*), que atetiza los versos 6-8 de la Sátira VIII y los 120-123 de la IX.

No fue Jachmann un Aristarco hipercrítico, sino que, gracias a la acumulación de un profundo conocimiento de muy diversos autores, consiguió elaborar una metodología, tan sistemática como delicada al aplicarla para el descubrimiento de las interpolaciones, así como una teoría, en general satisfactoria, para explicarlas. Jachmann resulta en ocasiones aparentemente verboso o discursivo en exceso: algo muy germánico en comparación con el carácter empírico y sobrio de los editores y críticos anglosajones. Pero sus razonamientos de ordinario convencen, por lo exhaustivos que son. La prueba se halla en los citados pasajes de Juvenal que siguiéndole ha corregido el editor anglosajón de este poeta y de Persio.

ANTONIO FONTÁN

MUNK OLSEN, BIRGER. — *L'Étude des Auteurs Classiques Latins aux XI^e et XII^e siècles*. Tome I. *Catalogue des Manuscrits Classiques Latins copiés du XI^e au XII^e siècles: Apicius-Juvénal*. París, Éditions du CNRS, 1982, XXXII + 598 pp.

El gran interés de la obra que empieza con este tomo se desprende de su mismo título. La investigación de Munk merece el encomio y admiración más entusiastas por la ingente labor realizada. El propósito es dilucidar los textos clásicos que se leían y estudiaban en la Edad Media. Este primer tomo publica el material objeto del estudio, que comprende desde Apicio hasta Juvenal. Aunque se atiende a los manuscritos de los siglos XI-XII, se describen, no obstante, manuscritos de los siglos IX-X utilizados o modificados posteriormente, ofreciendo así la continuación de los *Codices Latini Antiquiores* de Lowe. Se alude a los índices de los *incipit* y *explicit* que terminarán el catálogo y se indica el tema del último volumen: «Des scriptoria médiévaux aux bibliothèques modernes». No faltan los manuscritos españoles, que el autor demuestra conocer muy bien. Consciente de las lagunas que deberá tener un catálogo de este género hace una llamada para colmarlas. Cuando en mis años de ayudante del catedrático L. Rubio Fernández colaboraba en su catálogo de los manuscritos de escritores clásicos latinos existentes en España, tuve ocasión de ver un manuscrito de Horacio del siglo XI custodiado con el n. 7 en el Archivo Capitular de la Catedral de Lérida, omitido por Munk. Esperamos que ya estas lagunas se eviten con la próxima aparición del mencionado catálogo. Los 57 autores clásicos son los más antiguos y representativos y alcanzan hasta los comienzos del siglo IV. Se excluyen entre otros Avieno y Eutropio; en cambio, se incluyen otros en atención a la conciencia del intelectual de la Edad

Media que los atribuía a autores determinados. Se sigue el orden alfabético de autores, lo que permite empezar los diversos capítulos con una bibliografía sumaria. Otros excelentes méritos hacen a la obra digna del mayor respeto y el elogio más sincero.

ÁNGEL ANGLADA

II. LINGÜÍSTICA

Das etymologische Wörterbuch. Fragen der Konzeption und Gestaltung. Herausgegeben von ALFRED BAMMESBERGER. Regensburg, Verlag Friedrich Pustet, 1983, 336 pp.

Se trata de una serie de trabajos relacionados con el tema, casi todos procedentes de un coloquio celebrado con el mismo título en Eichstätt en 1982. Aunque este título puede hacer pensar otra cosa, se trata en todos los artículos (salvo los Wolfgang Meid y Elmar Seebold, puramente teóricos) de estudios referidos a lenguas concretas y a diccionarios etimológicos de las mismas. Por supuesto, en la crítica de los diccionarios etimológicos existentes o en la presentación de otros en proyecto o en prensa por los propios autores, se debaten los problemas de la etimología y la concepción misma de lo que debe ser un diccionario etimológico o de las formas alternativas en que puede presentarse.

Todos los trabajos se refieren a lenguas indoeuropeas, salvo una referencia en el de Winter a un diccionario suyo inglés-walapai (una lengua amerindia). Podríamos clasificarlos en tres grupos (pero van mezclados en el libro). El primero consiste en «rapports» sobre diccionarios etimológicos existentes. Son los trabajos de Aitzenmüller sobre los diccionarios del eslavo, de Bachellery-Lambert sobre el del irlandés antiguo de Vendryes, el de Baldinger sobre diversos del francés, el de Forsman sobre los del latín, el de Lehmann sobre el gótico, el de Malkiel sobre varios de lenguas románicas, el de Neumann sobre los del griego, el de Polomé sobre el del holandés de de Vries y el de Schmalstieg sobre los del báltico.

Todos los trabajos son importantes, pero a veces su interés es más bien informativo respecto al dominio de que se ocupan, otras es más teórico y general. El problema de si es preferible la ordenación alfabética o la onomasiológica, y de las respectivas ventajas, es debatido sobre todo por Baldinger y Malkiel, quien añade un informe histórico-crítico sobre la etimología romance; también se ocupa de él Meid en su artículo. El trabajo de Lehmann apunta cosas de interés en cuanto a la forma de citar la bibliografía, el de Neumann discute el problema de los límites (en qué medida se deben introducir nombres propios, por ejemplo). Junto a los modelos más tradicionales se presentan otros en que se atiende más de cerca a la documentación, con su cronología, y a la parte semasiológica.

Éste es el modelo que tiende a imponerse en una serie de diccionarios que están en curso de publicación o bien a punto de comenzar ésta. A estos diccionarios se refiere otra serie de artículos: de Hiersche sobre su diccionario etimológico del alemán (reelaboración del de Kluge-Götze), el de Lloyd y Springer sobre el del alto alemán, el de Mayrhofer sobre el Indo-ario, el de Pfister sobre el italiano, el de Untermann sobre el osco-umbro y el de Winter sobre el tocario. Sólo el del italiano había comenzado a aparecer en la fecha de publicación del libro que reseñamos. En casi todos los casos se nos dan ejemplos de artículos ya redactados.

Precisamente esta justificación de su propia obra por parte de los autores,, junto con los anticipos en cuestión, son particularmente bienvenidos. Naturalmente, hay diccionarios de varios tipos y extensión. En todos, pero sobre todo en los más amplios, así el del antiguo alto alemán y el italiano, se echa de ver la tendencia referida (presente ya antes en el diccionario latino de Ernout-Meillet y en el griego de Meillet, pero otras veces reflejada en obras diferentes) a tener muy en cuenta el detalle filológico sobre las palabras estudiadas, así como su reparto dialectal y su evolución semántica.

Otros estudios se refieren a problemas de la etimología en determinadas lenguas: concretamente, el de Hoad sobre el inglés, el de Panagl-Kowal sobre el frigio, el de Schlerath sobre el iranio y el del Tischler sobre el hetita. Las circunstancias de estas lenguas y de su transmisión, de la bibliografía sobre su etimología, etc., son diferentes, y ofrecen problemas también diferentes a quienes se embarquen en la tarea de realizar un diccionario etimológico. Son problemas que atacan aquí los especialistas referidos. Son, por supuesto, muy distintos para el inglés y las otras lenguas, donde hay problemas de lectura, grafías, etc. y otros puramente etimológicos.

Quedan los dos estudios teóricos de Meid y Seebold, que se refieren fundamentalmente a la organización (alfabética o no) de los diccionarios, a su extensión, a su carácter de copilaciones o de obras de investigación original, etc. También sobre estos temas hay propuestas en muchos de los trabajos. Es notable, por ejemplo, el proyecto de Winter de publicar su diccionario tocario en hojas que pueden intercambiarse o admitir ser reemplazadas por otras: el diccionario es un elemento de trabajo que puede ajustarse al progreso de la ciencia.

Aparte de cuestiones generales y de otras relativas a problemas prácticos, son tratadas otras relativas a la praxis misma del etimologizar. Hay crítica de determinadas etimologías y propuesta de otras en los más diversos campos. Y críticas generales, como las que se hacen a Frisk (con razón) por su desatención de las laringales y escasa utilización del micénico.

En suma, no podremos llegar a un tipo único de diccionario etimológico: hay varios, que tienen cada uno su justificación. Las intenciones y los planteamientos son, efectivamente, diferentes. Y no son lo mismo las lenguas de cultura, en que se puede seguir la historia de las palabras, que otras mal atestiguadas y poco exploradas. Pero plantear todos estos problemas es ya interesante.

Se echa de notar en el libro, que trata de etimología de lenguas indoeuropeas, un estudio precisamente de esto: de la etimología indoeuropa. Una exposición y crítica del Walde-Pokorny y el Pokorny (y del diccionario onomasiológico de Buck). Es verdaderamente el campo en que más falta haría una verdadera revolución innovadora: vivimos de una tradición en buena parte desfasada y ciertos artículos de Pokorny no pueden considerarse hoy de otro modo que como confusas acumulaciones de materiales. Ni siquiera es claro qué es lo que pretende la etimología indoeuropea. Ésta es la mayor laguna del libro (que tampoco habla, salvo en referencias de pasada al Corominas, de la etimología del español y demás lenguas de nuestra península).

FRANCISCO R. ADRADOS

DELAMARRE, X.—*Le vocabulaire indo-européen. Lexique étymologique thématique.* París, Librairie d'Amérique et d'Orient Adrien Maisonneuve, J. Maisonneuve, succ., 1984, 336 pp.

En el presente libro se trata (p. 9) «de reunir en una clasificación temática las reconstrucciones corrientemente admitidas para presentar un cuadro general... del vocabulario ide. esencial». Se inicia con una bibliografía sucinta (pp. 11-24), en la que obviamente hay múltiples ausencias, pero algunas particularmente significativas, como el *Isländisches etymologisches Wörterbuch* de Johannesson (Berna 1951-1956) o *Noms d'agent et noms d'action en i.-e.*, de Benveniste (París 1948). Sigue un cuadro de correspondencias fonéticas, en el que el autor —ignoro por qué criterios— renuncia a presentar los resultados de los «diptongos de primer elemento largo», pero incluye como fonemas del ide. común las sordas aspiradas. De otra parte, las insuficiencias en el repertorio de tipos mecanográficos provoca que *th*, por ejemplo, sirva igual como grafía de oclusiva dental sorda aspirada que como representación de las aspirantes dentales del avést. y gót. Hay asimismo otro problema en el terreno de la fonética, éste más grave. Por renuncia expresa del autor (p. 9) no se reconstruyen laringales en las raíces. Ello provoca que en p. 41 **pótni* se presenta como étimo de gr. πόντια o en p. 215 **trikomta* de gr. τριάκοντα. ¿Y qué decir de «het. *palhi* pour *pal-tu-* (?)» (sic) encuadrado en **pl̥tús* en p. 231? Aún cabe hacer alguna precisión de detalle en este terreno. La existencia de una raíz **reg-* no autoriza a reconstruir formas como **rēgtos* con *g* ante sorda en p. 232. Tampoco se entiende la diferencia que se establece en p. 49 entre *g^wnā* > γωνή y *g^wanā* > βοεο. βωνά. ¿Qué sentido se le da a este doble grado cero? Requeriríamos alguna palabra sobre los planteamientos fonéticos del autor.

En cuanto al material, se trata de ordenarlo semánticamente, lo que en algunos capítulos se consigue (I parentesco, XIII numerales, etc.), pero otros (XII nombres diversos XIV adjetivos XV verbos) son auténticos «cajones de sastre». Tal presentación condiciona, además, que ai. *gharmás* aparezca en p. 183 bajo **g^whéro*s, **g^whormos* 'calor' y en p. 223 bajo **g^whermos* 'caliente', o que se separen formas como **loukís* 'luz' (p. 185) de **leukos* 'luminoso' (p. 239). Sólo ocasionalmente —p. ej., p. 221 bajo **dh̥rsús*, ¿por qué no siempre?— se citan con un cf. otras palabras de la misma raíz. En cuanto a la caracterización de los términos, a veces —pocas— se marca como 'mot occidental' o 'sud-européen' una palabra, por lo que se colegiría que la falta de indicación quiere decir que es un término del fondo ide. común, lo cual no es demostrable en la mayoría de los casos. O se señala 'onomatopéa' en **baubo* y no en **balbal*, el término inmediatamente siguiente (p. 246). En p. 221 «(lat.) *duenos bonus*» se habría presentado mejor como (v. lat.) *duenos* (lat.) *bonus*, como en p. 209 (v. lat.) *oinos* (lat.) *ūnus*. Asimismo hay reparos que ofrecer a la presencia de ciertos términos, como πολυποικίλος (primera documentación, en Eurípides) bajo **plupoikos* (p. 231 (?), o gr. Δημήτερ lat. *Terra Mater* bajo **dh(e)ghōm māter* **mater pl̥tawi* (p. 73). Hay incluso auténticas palabras fantasmas como p. 212 het. *panta* 'cinco' o gr. θρασύς (por θρασός) en p. 221.

El libro se completa con un anexo de elementos de morfología (pp. 305-309), altamente conservador, y un índice temático francés. Se echa de menos otro de raíces indoeuropeas, que habría evitado que, p. ej., **deikos* aparezca una vez en p. 181 y dos (aquí una de ellas por evidente errata) en p. 200.

Se trata, en suma, de una obra un tanto apresurada, de enorme conservadurismo unido a indecisiones y contradicciones en los planteamientos de base, que restan considerable valor a una idea básicamente útil.

ALBERTO BERNABÉ

KAMPTZ, HANS VON. — *Homerische Personennamen*. Sprachwissenschaftliche und historische Klassifikation. Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 1982, XXVI + 388 pp.

En el prólogo de la presente obra, se afirma que se trata de una tesis doctoral presentada en Jena en el año 1956.

El contenido de este libro está estructurado en tres partes: Introducción, pp. 1-52; formación de la raíz de los antropónimos homéricos, pp. 53-173; lista sistemática de los antropónimos homéricos, pp. 175-379; finalmente, un índice de los antropónimos homéricos estudiados con referencia a los párrafos en que han sido estudiados.

En la Introducción define los distintos tipos de formación de antropónimos en griego, con especial referencia a los nombres homéricos en los ejemplos. El primer tipo al que presta su atención el autor es al denominado en alemán *Vollnamen*, nombre compuesto, por ej. Ἄλκι-μέδων, y las *Kurzformen*, formas abreviadas de un nombre compuesto, formas familiares: Ἄλκιμος y posthomérico Ἄλκις. Dentro de los antropónimos denominados de forma abreviada introduce la siguiente clasificación: forma abreviada en la que participan las dos raíces (Kf. 2), tipo Ἄλκιμος, y forma abreviada de una parte de la raíz, que a su vez subdivide en forma abreviada que utiliza la raíz inicial (Kf. 1A), tipo Ἄλκις, y forma abreviada que utiliza la raíz final (Kf. 1E), tipo Φρόνιος a partir de Ἐχέ-φρων. A continuación define los antropónimos simples (*Kurznamen*), introduciendo una amplia clasificación de tipos a los que pueden pertenecer: antropónimos referentes a partes del cuerpo: Ἀγκάϊος, Λάμος; referentes al calendario: Ἐξάδιος; referentes a topónimos: Μεσσήλιος, Πόλιος, etc. Entre las pp. 15-23 entra en una interesante explicación de antropónimos simples y formas abreviadas de antropónimos compuestos. El autor admite que en algunos casos es difícil trazar una línea de separación entre ambos tipos. Ejemplos característicos de esta dificultad son Ἄγαθος, Ἀγάθων, Ἀγάθων, nombres en los que es imposible determinar si se trata de antropónimos simples, puesto que son totalmente claros para un hablante griego, o si se trata de formas abreviadas de Ἀγαθοκλής, Ἀγάθιππος, etcétera. Ahora bien, existen en griego otros antropónimos que, de no tomarlos como formas abreviadas o familiares de un antropónimo compuesto, carecerían totalmente de sentido, y éstos son los que trata de clarificar el autor con un criterio francamente acertado. Fundamentalmente se puede afirmar que un antropónimo abreviado no tiene sentido dentro del sistema de composición de la lengua griega, ni tampoco dentro del sistema de formación de palabras. Por ello introduce el autor del presente libro como criterio de diferenciación la significación. Dentro de los poemas homéricos hay ejemplos de abreviación: Ἄλκιμέδων = Ἄλκιμος, refiriéndose las dos formas a la misma persona, el auriga de Aquiles. Otros antropónimos abreviados carecerían de sentido, como decíamos arriba, si no se confrontan con el nombre compuesto; éste es el caso de Πάμμων, que sólo

se puede entender junto a \omicron como forma abreviada de Πάν-μαχος. Es muy interesante e ilustrativo de un tipo de antropónimos homéricos el estudiado en el § 10 referido a los nombres parlantes.

En la segunda parte se estudia exhaustivamente la formación de los antropónimos homéricos: compuestos con el primer elemento preposicional, compuestos con el primer elemento verbal, compuestos con el segundo elemento verbal, compuestos con el segundo elemento nominal, etc.; en el apartado B de la segunda parte estudia los distintos tipos de sufijos que aparecen en la formación de los antropónimos homéricos y, por último, en la tercera parte ya estudia uno por uno cada antropónimo, remitiendo a la parte del estudio general cuando ello es necesario.

La presente obra me parece un gran avance sobre lo que había en torno a la materia, ya que supera con mucho las obras de Fick, Solmsen-Fraenkel y Bechtel sobre el tema. Es, además, exhaustiva en lo que a los poemas homéricos se refiere. Pienso que no debe faltar en ninguna biblioteca de filología clásica.

Con todo, me parece que desde la confección de la presente obra (1956) y el momento de su publicación (1982) se han producido avances muy importantes en el campo de la filología griega, que inciden directamente sobre el contenido del presente libro: el desciframiento del lineal B, que hace retrotraer el conocimiento de la lengua homérica unos cuantos decenios (con una sola ojeada al *Mycenaeae Graecitatis Lexicon*, Roma 1963, de Ana Morpurgo o al recién publicado *Diccionario Micénico*, Madrid 1985, de F. Aura Jorro, podemos observar que tenemos documentados en micénico multitud de antropónimos homéricos estudiados en la presente obra); la publicación entre 1954-1972 del *Griechisches Etymologisches Wörterbuch* por Hjalmar Frisk; la publicación de la segunda edición totalmente reelaborada de *Wortbildung der homerischen Sprache*, Berlín-Nueva York 1974, por Ernst Risch, y, por último, la publicación por Pierre Chantraine de su *Dictionnaire étymologique de la langue grecque*, París 1968-1980.

Sugerimos al autor la actualización de la presente obra con la publicación de un artículo que recoja las aportaciones que las anteriores obras y algunos artículos de revistas especializadas han supuesto en el ámbito de su obra.

J. F. GONZÁLEZ CASTRO

SKODA, FRANÇOISE. — *Le redoublement expressif: un universal linguistique. Analyse du procédé en grec ancien et en d'autres langues*. Société d'études linguistiques et anthropologiques de France XV - numéro spécial. Paris, SELAF, 1982 [1983], 269 pp.

Este interesante trabajo de F. Skoda¹ se centra fundamentalmente en el fenómeno de la reduplicación² expresiva en griego antiguo, y puede ponerse en co-

¹ Skoda ya había tratado el tema con anterioridad en *Les mots à redoublement en grec ancien*. Étude lexicologique. Thèse, Paris IV, 1978.

² Traducimos el término francés «redoublement» por 'reduplicación', frente a la traducción literal 'redoblamiento', completamente inusual. Cf. la traducción de los términos «redoublement» y «réduplication» que da B. García-Hernández en EMERITA 47, 1980, p. 325.

nexión, en cierta medida, con el estudio que J. André³ llevó a cabo cuatro años antes sobre la reduplicación en latín. El paralelismo de ambas obras queda manifiesto tanto en su estructura (compárese el título y los temas a los que van dedicados los capítulos en cada libro), como en una serie de características e incluso apreciaciones concretas (consideración de la función iterativa como básica en la reduplicación, comparación con otras lenguas, indoeuropeas y no indoeuropeas⁴, crítica de la ambigüedad o imperfección de la que habitualmente se peca en el análisis del fenómeno en manuales y diccionarios etimológicos, definición formal del mismo, etc.). Sin embargo, la autora aporta también innovaciones en el modo de agrupar y analizar el material, aparte de matizaciones a las ideas de André (como las que efectúa al comentar la utilización del término «expresivo» en pp. 37-38, en la observación que hace acerca de los «impresivos de forma redonda» en p. 149, o sobre los términos de lenguaje «infantil» con esquema CVVC en p. 184). Esas innovaciones destacan sobre todo en el primer capítulo («Répétition de sonorités»), donde, a diferencia de los restantes, las formas se ordenan en la exposición atendiendo básicamente a criterios de carácter formal, según la inicial de las dos primeras sílabas de cada palabra (K-K-, B-B-, T-T... κκκκββββ, βαββζζω, ττττζζω...), y apareciendo dichas series en orden decreciente de acuerdo con el número de sus representantes. Esto permite una buena visión de conjunto de las bases disilábicas que el griego emplea con función onomatopéyica e iterativa. De este modo, puede apreciarse que no aparecen todas las consonantes en este tipo de reduplicación y que su índice de frecuencia es ostensiblemente variable. Skoda, además, reúne esas bases, apoyándose en la noción de «campo morfo-semántico» de P. Guiraud (p. 43), en lo que ella prefiere llamar «campos impresivos» o «morfo-impresivos». Así, las series constituidas sobre la repetición de B-B-, por ejemplo, se organizan en campos impresivos que expresan: el balbuceo (BA-BA: βαββζζω, BAR-BAR: βάρβαρος), el parloteo o charlatanería (BA-BAK: βάβακοι), la necedad como matiz secundario del anterior (BA-BUR: βαβύρτας) o el fragor (BEM-B: βέμβεξ). Esto evidencia el propósito básico de la obra: apreciar el valor semántico de este procedimiento morfológico (p. 30). En el mismo sentido cabe reseñar el interés por la diferenciación y evolución de unos matices significativos a otros.

En los siguientes capítulos se abandona la forma de exposición del primero, y los abundantes ejemplos de reduplicaciones expresivas se agrupan ya de acuerdo con criterios eminentemente semánticos. Bajo esa perspectiva son estudiadas las formas reduplicadas que comunican una impresión de repetición de movimiento (II) o una evocación de la forma redonda (III), las formas con reduplicación intensiva (IV), los términos del lenguaje «infantil» («Nursery-words») y familiar (V) y, por último, las formas cuya reduplicación es de explicación incierta, dudosa, no imputable al griego o falsa (VI). No obstante, el análisis formal de la base reduplicada se mantiene al tratar cada término.

A lo largo de toda la obra destaca el celo con que Skoda intenta reunir los datos necesarios, lingüísticos y paralingüísticos, así como las opiniones más representativas, para delimitar el valor semántico de cada palabra⁵ y su etimología. En este sentido último, hay que mencionar sus propuestas acerca de Γοργώ y

³ J. André, *Les mots à redoublement en latin*, París 1978.

⁴ Sin embargo, dicha comparación siempre es secundaria y complementaria al análisis de las formas griegas.

⁵ Cf. e. g. p. 103, n. 345.

Μορμύ (pp. 78 y 96), γαγγαλᾶν (p. 81 n. 212), Τάρταρος (p. 117), γέλγη (p. 138) y γ(γγ)λομος (p. 137). Igualmente es llamativo, dentro del examen de la reduplicación intensiva, la distinción que se hace entre una reduplicación aumentativa (cuantitativa o cualitativa) y una reduplicación diminutiva, que en realidad sería una variante del tipo cuantitativo con aplicación a un reducido número de palabras, como κερκυλάτια ο κερκυλον (p. 152).

Desde un punto de vista general, resalta su interés por subrayar la idea de la reduplicación, como procedimiento morfológico desarrollado en todo tipo de lenguas y familias lingüísticas, con características semejantes, lo que permite considerarlo un fenómeno lingüístico general, del que en griego sólo se habría desarrollado una parte de sus posibilidades (cf. pp. 151-152).

El libro termina con una serie de conclusiones, junto a las que se incluye un interesante estudio estadístico, con una parte morfológica y otra léxica, expuesto en claras tablas de frecuencia. Sin embargo, si tenemos en cuenta que del medio millar de palabras que en griego antiguo presentan reduplicación, Skoda sólo puede estudiar adecuadamente 260 formas, dado que el resto son oscuras y dudosas en cuanto a su estructura y significación, lamentablemente habremos de acoger con evidente cautela dichos datos estadísticos, lo cual no es óbice para subrayar el atractivo y utilidad de esta obra, así como el rigor científico de su autora.

J. A. BERENGUER

III. LITERATURA, FILOSOFÍA Y RELIGIÓN

ADRADOS, F. R.; GARCÍA GUAL, C.; GIL, L.; HOZ, J. DE, y FERNÁNDEZ DELGADO, J. A. (ed.). — *Estudios de forma y contenido sobre los géneros literarios griegos*. Cáceres, Universidad de Extremadura, Instituto de Ciencias de la Educación, 1982, 97 pp.

Este libro, correctamente editado aunque algo a la antigua, reúne, según se nos advierte en la presentación, cinco conferencias, en el lugar de edición profesadas, de alcance y propósito diversos. Dos sobre dos géneros dramáticos, de siempre considerados básicos en el estudio de la literatura griega (el de Hoz sobre la tragedia, el de Gil sobre la comedia), otros dos sobre dos géneros con una tradición, sí, de estudios importantes, pero más de una vez considerados marginales (el de Adrados sobre la fábula, el de Gual sobre la novela), y uno, también, que, aunque preludiado por un epígrafe que reza «poesía gnómica», es, de hecho, un trabajo de otra orientación sobre una obra en concreto, *Trabajos y días* (el del responsable de la edición, Fernández Delgado).

Y, procediendo por este orden, también las diferencias de concepción y de enfoque se revelan sensibles. Por lo que hace a los géneros dramáticos, el trabajo de L. Gil, que se titula «Forma y contenido de la tragedia aristofánica» y ocupa las pp. 67-81 del volumen, tiene una ambición descriptiva y analítica que cuaja en una exposición utilísima de aquellas características en que la comedia se opone a la tragedia o que, teniéndolas la comedia, no aparecen en la tragedia (composición epirremática frente a composición episódica, la parábasis, etc.), y ello va precedido por una contraposición general, también útil y dirigida con brillantez, entre comedia

y tragedia. Algunos asuntos se tratan quizá con excesiva rapidez, y así sucede en lo relativo al héroe cómico; entre su caracterización por Whitman y la reflexión de Gil a propósito del pícaro cabe pensar si la cadena no resultaría más sólida pasando por un ya célebre artículo de Brelich (*Acta class. Univ. Debrec.* 5, 1969): claro que Gil no parece aquí en exceso interesado por los enfoques ni antropológico ni estructural (hay trabajos que debe de ser significativo que falten, en sus bien documentadas y eruditas notas).

La aportación de Javier de Hoz, de título cuando menos cauteloso («Algunas observaciones tipológicas sobre la tragedia griega», pp. 49-64), tiene una ambición más parcial en principio, es mucho más selectivo en sus citas y versa, en suma, sobre algo que según se mire no tiene mucho que ver con «forma y contenido» (claro que según se mire sucede al revés), sobre la posibilidad de aproximarse a la fijación de estructuras o elementos constitutivos, en especial por lo que hace a la trama: piensa más su tema desde el punto de vista de una teoría de la literatura —no cualquiera, sino del tipo de la que hacen los anglosajones— y, consecuentemente, a menudo procede repensando si lo que dice de las tragedias griegas podría confrontarse con el resultado de la lectura de tragedias modernas —lo que los anglosajones hacen con su omnipresente Shakespeare, lo hace aquí, a propósito de la tipología del contenido, Hoz con Lope (cf. p. 55)—. El resultado tiene vigor y es sensato; algunos detalles lo parecen menos: así podrían suponerse arriesgados o en parte arbitrarios algunos datos que se dan por seguros en el cuadro de la p. 52.

El trabajo de Adrados sobre «La fábula griega como género literario» (pp. 33-46), que se coloca, como resumen heroico, en la órbita de los diferentes y más extensos estudios que ha dedicado últimamente al tema —y que han culminado en su participación, en el verano del 84, en los *Entretiens Hardt* dedicados a la fábula—, revela, si comparado con los dos de que he hablado antes, otra problemática: lo que aquí es llamado género, y sobre cuya forma y contenido se discute, es algo muy breve, y además puede aparecer de manera diferente: «fábulas-ejemplo, fábulas de colección y fábulas enlazadas dentro de una biografía fictiva»; lo cual, lógicamente, lleva también a Adrados a seguir en su exposición —o en parte de ella— un orden histórico. Lo específico y en sí mismo diverso del tema, así como la complejidad del propósito, hacen del texto que resulta lugar de evocación de problemas, ocasión de suscitar sugerencias y relaciones, todo lo cual no puede, desde luego, quedar suficientemente explicado, pero resulta estimulador y puede mover a la reflexión. Lo que no quiere decir que, en contrapartida, no resulte, a veces, demasiado esquemático ni que Adrados no parezca, otras veces, escamotear lo problemático o dudoso —en el sentido de sometido a debate— de ciertas afirmaciones, algunas centrales, otras de detalle (pero peligrosas en un texto —el único de los cinco— que se ofrece sin notas).

La conferencia de García Gual manifiesta un tratamiento de su tema que ya desde el título se anuncia como más ensayístico («La invención de la novela y la función social de los géneros en Grecia», pp. 85-97) y que se coloca en la línea, fructífera, de aportaciones complementarias a su libro de conjunto sobre la novela de 1972. Partiendo de las tesis allí defendidas, y de lo que él considera sociología de la literatura en la línea de Lukács (pero que en su tema concreto consistía fundamentalmente en un desarrollo hábil de las opiniones de Altheim sobre la novela griega), se encara a la tesis de Perry, que parece opuesta, sobre la invención digamos puntual del género (y que, en definitiva, no es sino una salida de

tono de un filólogo hastiado de tanta querrela sobre los orígenes del género); a partir de aquí, el trabajo presente se ofrece como profundización en algunos aspectos de la relación novela-sociedad de su época a base del modelo griego, con calas atinadas en textos que Gual sabe mostrar como reveladores y con una valoración de los novelistas demasiado contundente, yo diría, y basada en la evolución histórica del género —de la ingenuidad a la «madurez en la maestría técnica»—, con culminación en algunos hiperbólicos adjetivos aplicados al hábil malabarista y retorcido Heliodoro al que emuló, entre tantos, Cervantes. Lo que, sin embargo, no impide que asistamos, se supone que en el trasfondo, al «alba del folletín».

Un estudio de Fernández Delgado titulado «Sobre forma y contenido de *Los trabajos y los días*» ocupa las pp. 9-29 y ya he dicho que no he sabido ver que tuviera mucha relación con la problemática de los géneros literarios. Dicho lo cual, nada me impide razonar que se trata de un óptimo trabajo sobre el poema hesiódico, en la línea de otros estudios que Fernández Delgado ha ya dedicado a este texto complejo y desigual, tan trabajado y siempre abierto. Desde una firme posición tomada sobre la difusión oral de la obra —nada se asegura, en cambio, sobre su modo de composición—, este trabajo demuestra un conocimiento de los estudios de estilo poético oral, un dominio de la problemática del texto hesiódico y una habilidad poco común para lograr que los análisis formales conduzcan a aportaciones complementarias y de confirmación sobre el contenido (brillante, pues, la relación forma-contenido que es propuesta). Hay ahí un filólogo que sabe su oficio y un lector atento, minucioso.

C. MIRALLES

PINTACUDA, M. — *Interpretazioni musicali sul teatro di Aristofanes*. Palermo, Palumbo Editore, 1982, 189 pp.

He aquí una obra interesante, sugestiva y llena de juicios matizados sobre diversas cuestiones importantes de la temática aristofánica.

En la introducción el autor indica que en manos de Aristófanes la música adquirió un efecto escénico esencial para resaltar y dar vivacidad a la comedia, especialmente cuando tenía función paródica y señala que se da en ella un proceso evolutivo mucho más acentuado que en la tragedia. La comedia se apropió procedimientos técnicos de la tragedia, configurándose en recitación, declamación con fondo musical, partes musicales con cantos corales y del coro y los actores y cantos escénicos (arias y canciones de fácil y delicado lirismo). Igual que la tragedia, la comedia se inspira en cantos litúrgicos y populares, con adaptación y variación de motivos preexistentes, más que con creación de melodías nuevas, pero goza de mayor libertad y facilidad de inspiración más genuina. Del análisis de la estructura de la comedia Pintacuda deduce que era susceptible de amplias modificaciones; especialmente en las últimas comedias aristofánicas la forma es flexible y fluctuante, con abandono progresivo de la lírica estrófica y aumento de la astrófica. A estos efectos menciona los resultados de las estadísticas de Th. Mc Evilly en su artículo «Development in the Lyrics of Aristophanes», *AJPh* 91, 1970, pp. 257-76. El equilibrio entre lírica monódica y coral sufre poco a poco el efecto de la variabilidad estructural. Entre *Los acarnienses* y *Las ranas* el coro pierde

el 10% de los versos líricos en comparación con los cantos monódicos. En *Las asambleístas* y *Pluto* hay una casi completa supresión del coro. En cambio, aumentan los anapestos, es decir, los diálogos líricos entre dos actores y entre actores y coro que muestran una interesante variedad de uso y de los que es buen ejemplo el final de *Los acarnienses*. Sobre la decadencia del coro en las dos últimas comedias conservadas de Aristófanes, Pintacuda es contrario a la opinión de quienes suponen que en la primera publicación de estas comedias se habrían omitido los cantos, que se habrían ejecutado en el teatro, porque eran ajenos a la acción dramática, y da varios motivos de la decadencia de los cantos corales: carencia cada vez mayor de coreutas capacitados, cambio progresivo del gusto del público, imposibilidad de recurrir a sátiras eficaces para unas condiciones políticas y espirituales diferentes, dificultades económicas en aumento. Una vez abierto el camino, Aristófanes lo sigue sin vacilación: en *Las asambleístas* hay todavía 150 versos líricos, de los que el coro canta sólo 60 y dos escenas musicales de cierta vivacidad. En *Pluto* el coro canta apenas una docena de versos, pero Pintacuda cree, con Russo, que el coro está tratado en esta obra con más coherencia que en *Las asambleístas* y se adhiere a quienes, desde Romagnoli a Marzullo, piensan que el coro —y no sólo el corifeo— canta los versos 487-88 y 637-40. También apoya la opinión de Albini de pronunciarse con cautela sobre los méritos y defectos poéticos y artísticos de esta obra.

En cuanto a la evolución cronológica, Pintacuda acepta la división en tres grupos hecha por Gevaert: 1) *Los acarnienses*, *Los caballeros*, *Las nubes*, *Las avispas*, *La paz*; 2) *Las aves*, *Lisístrata*, *Las tesmoforiantes*, *Las ranas*; 3) *Las asambleístas* y *Pluto*, y piensa que, si no se toman en sentido demasiado riguroso, pueden ser útiles para comprender la evolución estilística del arte musical en la comedia ática. En el primer grupo los cantos son principalmente corales. El segundo grupo está formado por obras que destacan por su riqueza de invención rítmica e himnos lentos y solemnes o movidos y vivaces. En el tercer grupo el elemento musical está muy atenuado: la parte coral está casi totalmente eliminada, sólo queda el coro de entrada, hay intermedios rellenos con ballets sin canto y son muy escasos los versos mélicos.

Respecto a las características melódicas, rítmicas y estilísticas de la música aristofánica, las comedias conservadas rara vez revelan la calidad, la propiedad y los caracteres intrínsecos del acompañamiento musical de los pasajes líricos. Los ritmos usados, muy simples, hacen pensar, según Del Grande, en arias pastorales o tarantelas. En cuanto a los géneros musicales, si se tienen en cuenta las ásperas críticas de Aristófanes a los innovadores, sobre todo a Eurípides, parece que sus preferencias se enderezaban al género diatónico. Pero esto no excluye que Aristófanes haya utilizado también elementos técnicos de vanguardia como el cromatismo y la armonía, especialmente en pasajes satíricos y paródicos. Aristófanes, más que opositor del arte euripideo, fue su divulgador e imitador. ¿Por qué desaprueba entonces la nueva música, si ciertos elementos de ella llegaron a ser normales en su estilo? La respuesta evidente es que no son estas innovaciones las que provocan su hostilidad, sino las que satiriza y parodia en su comedia. Criticando severamente la nueva música, ridiculizando los trémolos decorativos de las melodías modernas, burlándose de los nuevos ditirambos, Aristófanes se embarcaba en eficaces y pintorescas descripciones verbales a base de juegos de palabras y deformaciones del lenguaje de una riqueza lexical que aprovechaba al máximo la extraordinaria ductilidad de la lengua griega. Aristófanes es un genio que resume

virtudes y defectos de todos los demás poetas, conciliando en la imitación la parodia y la caricatura mordaz, el respeto a la tradición y el afán de renovación. No es fácil revivir hoy la música de Aristófanes en que imitaba el estilo de los compositores de su época, pero la interpretación más psicológica que lingüística del texto aristofánico que se propone Pintacuda no debe excluirse totalmente; se trataría de indagar la presumible correspondencia entre texto y música.

Muy interesante es el capítulo que Pintacuda, al final de su obra, dedica a Aristófanes y la música de hoy. Considerando que no nos ha llegado ni una nota de la música del poeta, pero que la escenificación de las comedias griegas, como la de las tragedias, exigiría la presencia de todos los elementos espectaculares asociados al texto poético: música, danza, escenografía, vestuario, etc., el problema consiste en hacer una reelaboración e interpretación moderna correctas que respeten los valores clásicos tradicionales del teatro antiguo y atiendan a las tendencias más inconformistas de la sensibilidad moderna. Pintacuda no pretende dar una solución ideal, pero expone una relación de composiciones musicales modernas inspiradas en escenas, personajes o situaciones del teatro aristofánico, escritas no sólo para representaciones de teatro clásico, y concluye con un análisis de la música escénica compuesta para diversas representaciones modernas de Aristófanes, especialmente en Italia. ¿Qué pensar de estas adaptaciones en que se unen la poesía de Aristófanes y la música moderna? Caben opiniones diversas, pero Pintacuda observa que la comedia soporta mejor que la tragedia la unión con un lenguaje musical avanzado y revolucionario. Sería interesante conocer la opinión del propio Aristófanes, quien, según el autor, aunque aceptase las adaptaciones novedosas, advertiría a los innovadores con los versos 1397-98 de *Las nubes* que el coro dirige a Fidípides: «Tu tarea, removedor y apalancador de nuevos argumentos, es buscar una prueba persuasiva, de modo que parezcas hablar con razón».

ESPERANZA RODRÍGUEZ MONESCILLO

DANGEL, JACQUELINE. — *La phrase oratoire chez Tite-Live*. París, Les Belles Lettres, 1982, 468 pp.

Este libro es un estudio estilístico sobre la estructura de las frases que emplea el historiador romano en los discursos en estilo directo que atribuye a distintos personajes a lo largo de su obra. Constantemente, los recursos que se descubren en los sucesivos pasos del examen del texto de los discursos titolivianos, son contrastados con secciones narrativas del mismo escritor. La a. ha seleccionado un *corpus* limitado, pero amplio y representativo, tanto de secciones oratorias como narrativas de Livio. Es interesante destacar que los discursos pertenecen a los libros I-VIII, XXVIII-XXIX, XXXIV, XLII y XLV. Los pasajes narrativos están tomados de los libros IV, V y XXI.

Lo cual da claramente a entender que la a. se inscribe en la línea de los estudiosos, actualmente preponderante, que consideran —o consideramos— que hay continuidad, e incluso una homogeneidad en la latinidad de Livio desde los primeros hasta los últimos libros conservados, entre los que probablemente medió un trecho de diez o más años. La a. no se plantea siquiera el problema que tanto

LIV, 2.º — 11

se debatió a finales del pasado siglo y el primer tercio del actual de los «dos Livios»: el poético y artístico de los primeros libros y el más sobrio y escueto narrador, tan influido por Polibio en cuanto a la información si no al estilo, de los últimos de los que se poseen. La a. proclama que el asunto de esta importante tesis doctoral le fue recomendado por el profesor Chausserie-Laprée. El reconocimiento que expresa a los señores Perret, Hellegouarc'h, Soubiran, Serbat, etc., indica por qué líneas metodológicas —y de concepción del estilo— se mueve.

En la primera parte de la obra se examinan las estructuras sintácticas (pp. 6-124), analizando los constituyentes sintácticos y el orden de los elementos de la frase de los discursos de Livio en comparación con las secciones narrativas de la obra. La conclusión es la que se podía esperar. La «escritura oratoria», por tomar de la a. una terminología muy querida de los estudiosos franceses actuales, que, en definitiva, se remonta a Cicerón, contrasta grandemente con la «narrativa» en los recursos que emplea, en su proporción, en el orden de los elementos, etc. La primera es, se diría para simplificar, una «escritura» periódica, que cierra frases, y la otra es una «escritura» abierta que se extiende por las vías completiva y relativa (en la subordinación); de la coordinación y de la yuxtaposición: la narración se extiende, el discurso se integra.

En la segunda parte —las estructuras rítmicas— el tema principal es la unidad de esas estructuras rítmicas: la palabra (pp. 125-252). Hay un ritmo sintáctico y un ritmo temático (p. 250), pero el material rítmico acaba siendo la palabra, que, en grupos binarios, en simetrías trimembres, en repeticiones, operando como indicador es lo que uno acaba encontrando siempre, aunque arranque o parta de secciones más copiosas. Los períodos son el resultado de esas combinaciones rítmicas.

En la tercera parte el asunto son las estructuras métricas (pp. 253-439). Respecto de ellas, la unidad final es la sílaba, pero teniendo presente que en latín la palabra es un elemento más importante que en griego. En esta última lengua hay siempre una lectura silábica, mientras que la de la latina es predominantemente verbal, con todas las consecuencias que se derivan de las coincidencias o discrepancias entre el lugar del tiempo fuerte de un pie métrico y el acento de la palabra.

Queda claro, en todo caso, que las cláusulas de Livio difieren en estructura, frecuencia y género de las de Cicerón. Incluso en el Livio de los discursos. El orador de Arpino tiene marcada preferencia por el γένος διπλάσιον y por las formas créticas y trocaicas en las cuatro combinaciones posibles. Livio, como los historiadores desde Salustio a Amiano Marcelino, practica más asiduamente el γένος ἴσον (a base de dáctilos, anapestos, espondeos, etc.). No obstante, la a. cree que se debe leer la «escritura» de Livio según una métrica consistente en un γένος διπλάσιον ampliado (pp. 268-269). Este es uno de los esquemas metodológicos en donde el lector de Jacqueline Dangel se siente más reacio a declararse convencido. Esos géneros responden también a lecturas distintas.

El libro de Jacqueline Dangel está lleno de sugerencias. Posee una gran solidez, que augura más permanencia, en la primera parte. Es más arriesgado, por más sugestivo y novedoso, en la segunda. No deja de adolecer de cierto «pintar como querer» en capítulos de la tercera parte, donde las resoluciones y las condensaciones de sílabas dan lugar a la a. a apoyar afirmaciones, muy interesantes y quizá renovadoras, sobre terreno más bien movedizo.

Muy interesante, aunque no se desarrolle en el libro, es el apunte de la autora orientado a ver en el ritmo —y la métrica— de la frase oratoria de Livio, y de otros historiadores, un paso intermedio entre las cláusulas ciceronianas y el *cursus* de la latinidad tardía.

La obra es meritoria. Yo diría que más segura en sus análisis de pasajes y en sus conclusiones sobre Livio y las características de su prosa que en su propia metodología.

ANTONIO FONTÁN

CHARLET, JEAN-LOUIS. — *La création poétique dans le «Cathemerinon» de Prudence*. París, Les Belles Lettres, 1982, 232 pp.

La obra se divide en dos partes. La primera versa sobre «La Composition dans le *Cathemerinon*» (pp. 11-87). En ella se describen los doce himnos que componen la obra, se demuestra que el *Cathemerinon* forma un conjunto orgánico sabiamente construido siguiendo unos principios estéticos y espirituales. El a. defiende, contra A. Puech y J. Bergman, un mismo esquema de composición de los himnos, que se reduce a las siguientes partes: 1) introducción; 2) meditación de naturaleza alegórica, moral o, a veces, descriptiva; 3) *exemplum* bíblico; 4) tema propio del himno, de carácter parenético; y 5) súplica a Dios. Sólo los himnos IX y XI parecen apartarse del esquema anterior por su forma narrativa.

De gran interés es el apartado dedicado a la génesis y originalidad del himno prudenciano (pp. 72-84). El a. repasa las influencias de Hilario de Poitiers y Ambrosio, por parte cristiana, y de Píndaro y Horacio, de los paganos. Del ave dircea habría sido imitado a través del venusino, de quien toma el vocabulario, los temas, las imágenes, el estilo y la métrica. A ello Prudencio ha añadido algo original: las partes narrativas bíblicas en el centro de los himnos. De esta forma, el himno prudenciano representa la fusión del himno cristiano anterior con la oda lírica pagana representada por Píndaro y Horacio.

La segunda parte (pp. 89-205) trata sobre el arte narrativo bíblico. El a. observa una evolución estética en la obra de Prudencio, que se extiende desde los himnos de estructura simple (I, II) hasta los de una complicada parte narrativa, como el «epilio alejandrino» *Himno de los que ayunan* (VII) o el pindárico Himno V. Tal evolución estética lleva al a. a proponer a título de hipótesis una cronología relativa: los más antiguos serían los Himnos I y II, de corte ambrosiano, a los que seguiría el VI. Después vendrían un segundo grupo de himnos de tono épico: X, IV y VII. Un tercer grupo, posterior a ellos, estaría constituido por los himnos pindáricos III y V. Finalmente, el XII recogería a modo de *bouquet final* todas las formas poéticas del *Cathemerinon*. Fuera quedaría el VII, posterior a I y II y anterior al XII, mientras que los himnos más narrativos, XI y IX, podrían estar cerca del tercer grupo. Así pues, la composición del *Cathemerinon* pudo haberse desarrollado a lo largo de varios años junto a la escritura de sus demás obras, porque respondería a la propia evolución estética de Prudencio.

La conclusión final (pp. 195-205) ayuda a poner en orden la lectura de las páginas precedentes. La rica bibliografía se ve empañada por dos ausencias notables: la nueva edición de las *Obras Completas* de Prudencio a cargo de Alfonso

LIV, 2.º — 11*

Ortega e Isidoro Rodríguez (Madrid, BAC, 1981) y la monografía de J. Luque, *La versificación de Prudencio*, Universidad de Granada, 1978. En los índices se echa de menos uno de temas tratados.

ANTONIO RAMÍREZ DE VERGER

Soul and the Structure of Being in Late Neoplatonism. Syrianus, Proclus and Simplicius. Edited by H. J. BLUMENTHAL and A. C. LLOYD. Liverpool, University Press, 1982, 95 pp.

La obra es resultado de un coloquio sobre Neoplatonismo tardío celebrado en la Universidad de Liverpool en abril de 1982. Los artículos reproducen casi con exactitud las ponencias presentadas, aunque los debates se han visto resumidos. Consta de cuatro artículos sobre aspectos muy concretos del neoplatonismo tardío: A. D. R. Sheppard nos ofrece un estudio sobre «Monad and Dyad as cosmic principles in Syrianus» (pp. 1-17), A. C. Lloyd sobre «Procession and Division in Proclus» (pp. 18-45), I. Hadot sobre «La doctrine de Simplicius sur l'âme raisonnable humaine dans le Commentaire sur le Manuel d'Epictete» (pp. 46-72) y, finalmente, H. J. Blumenthal sobre «The Psychology of (?) Simplicius' Commentary on the *De Anima*» (pp. 73-95).

Sheppard comienza por afirmar que la importancia filosófica de Siriano, sobre el que apenas se investiga, reside en su esfera metafísica (hénades) y exegética. El autor examina un aspecto de la metafísica de Siriano, los principios cósmicos de mónada y díada: sus funciones, su uso para resolver determinados problemas, y los problemas que, a su vez, plantean. La doctrina fue asumida por Proclo, con lo que el análisis de Sheppard, por tanto, tendría validez también para el filósofo de Constantinopla, aunque pretenda diferenciar maestro y discípulo. Las fuentes se hallan en el comentario a la *Metafísica*, sobre todo en 112, 14 ss. K. (= 896 b 2 U.), donde Siriano alega que ya antes «los hombres decían que tras el principio único de todas las cosas había dos causas de todo, la mónada y la díada infinita en poder», en todos los niveles. Siriano va a distinguir entre mónada y díada trascendente, por un lado, y la automónada y autodíada del plano de las formas. La díada suprema, llamada $\delta\omicron\acute{\alpha}\varsigma\ \acute{\alpha}\rho\chi\eta\gamma\iota\kappa\acute{\eta}$ (112, 35 K. = 896 b 27 U.) es responsable de la procesión y pluralidad, pero no es responsable de que haya dos seres distintos del mismo rango, pues ello es responsabilidad de la díada inferior, la autodíada. De igual forma la mónada suprema, la $\acute{\alpha}\rho\chi\eta\gamma\iota\kappa\acute{\eta}\ \mu\omicron\nu\acute{\alpha}\varsigma$, es responsable de la identidad, estabilidad, unión y vida eterna, mientras que la mónada inferior, la automónada, es la que da unidad y cohesión a las formas. Por ello podemos concluir que la oposición mónada / díada es fundamental en el sistema de Siriano. Estos dos principios son muy usuales también en la obra de Proclo (*Elementos de Teología, Teología platónica*, comentarios al *Parménides* y *Timeo*), aunque son denominados con frecuencia *péras* y *apeiria*, terminología del *Filebo* platónico. La principal función de esta pareja en la metafísica de Siriano es mediatizar, por tanto, la transición del Uno a los niveles inferiores del universo.

Por su parte, A. C. Lloyd pretende analizar algunos problemas de la estructura ontológica de Proclo. Para ello, tras un esbozo de la ontología, pasa revista a conceptos tales como procesión y división, género-especie, participación y hénades,

fundamentalmente. Frente a E. R. Dodds, Lloyd pretende mostrar que Proclo no es «inconsistent». El análisis está bien llevado con esquemas instructivos al respecto.

I. Hadot analiza la doctrina del alma en el comentario al *Manual* de Epicteto, con el fin de saber si Simplicio se adhiere a las ideas de su maestro Damascio, quien afirmaba que el alma razonable humana era susceptible de alteración no sólo en sus facultades y actividades, sino también en su esencia. Respuesta negativa han mantenido Bossier y Steel, mientras que Hadot va a sostener la hipótesis contraria. Para ello estudia diversos pasajes, sobre todo 75, 30-76, 10, que sustenta su interpretación.

Por último, H. J. Blumenthal estudia la doctrina del alma en el comentario a *De anima* de Simplicio. En primer lugar se plantea una cuestión previa, la autoría de Simplicio sobre el comentario. Hace ya más de una década F. Bossier y C. Steel argumentaban en contra de la autoría de Simplicio sobre esta obra y abogaban por Prisciano, con argumentos doctrinales y de estilo. Blumenthal no parece sustentar esta hipótesis. Concretamente examina la doctrina del alma en la obra en los aspectos de naturaleza, relación con el cuerpo, división..., estableciendo que no hay diferencias entre la visión del alma en el comentario y otras obras de Simplicio.

E. A. RAMOS JURADO

IV. HISTORIA Y SOCIEDAD

MARTIN, PAUL M. — *L'idée de royauté à Rome. De la Rome royale au «consensus» républicain*. Miroir des Civilisations antiques, 1. Clermont-Ferrand, Adosa, 1982, XXV + 410 pp. + 18 cuadros y 2 mapas fuera de texto.

Es presentada esta tesis (París 1980) por un prefacio del que fue su director, Raymond Bloch. En este prefacio se nos dice que Roma sólo conoció «dos grandes revoluciones constitucionales»: la caída de la monarquía el año 509 a. C. y la aparición del Principado con Augusto. Pero quizás el lector pueda quedarse con la duda de qué razones puede haber para no dar la misma importancia, por lo menos, a la reforma de Diocleciano que da paso al que podemos llamar el «Dominado». Porque, en realidad, la solución de continuidad quizá sea más clara en ese último momento de la historia constitucional romana que con un Augusto, que se proclama restaurador de la tradición, y no sin algún motivo —en tanto Diocleciano no pretendió serlo—, o con el oscuro tránsito de la monarquía etrusca a la república, que sólo vemos claramente configurada hasta el siglo IV a. C. Precisamente el motivo-guía del pensamiento del a. de este libro, y lo que parece haberle inducido al título de «la idea de la realeza» más que al más simple de «la monarquía», y con la referencia explícita al tránsito de la monarquía a la república, es la de que, a pesar de los cambios constitucionales, el ideal de *regnum* pervive después de la caída del último Tarquinio, a lo largo de toda la historia romana, pero especialmente en algunas figuras de la post-monarquía, como Bruto, Camilo y Apio Claudio, a las que se dedica principalmente la última parte del estudio. Esa misma pervivencia del ideal monárquico, a pesar del odio tradicional por la forma constitucional y el mismo nombre de *rex* —*nomen absit!*—, puede entretenerse en la teorización

política, por ejemplo, de un Cicerón, en la que subsiste, aparte el fondo recepticio (que proviene sobre todo de la filosofía griega), un afecto por el *regnum* como la mejor forma de gobierno si no fuera por su proclividad a la degeneración tiránica, con la que se justifica la opción preferencial por la constitución mixta de los antepasados.

La estructura y forma total del libro resulta diáfana y hasta altamente pedagógica, con ese admirable arte para combinar la erudición con la facilidad expositiva que caracteriza a la literatura científica francesa

Tras una breve introducción, precedida, a su vez, de la bibliografía más usada por el a., se dedica el capítulo I al tema del carácter dinástico o electivo del antiguo *regnum*. Concluye el a. que se trataba de una monarquía electiva, pero que la determinación del sucesor por el mismo rey se hacía con un criterio de parentesco exogámico de línea uterina; así, nunca a favor del hijo del matrimonio real, sino del hijo de la hermana, del yerno, del hijo anterior de la reina, etc. Sin embargo, la sucesión propiamente dinástica del último Tarquinio indujo a cambiar la visión del propio pasado, atribuyendo a la idea dinástica el descrédito de aquella antigua forma de gobierno, para la que la realidad política de otros pueblos contemporáneos a los historiadores ofrecía un modelo dinástico (cap. II).

En la segunda parte se trata de las distintas funciones del rey: en el cap. III, la función religiosa, y su relación con el *flamen Dialis* y las *Vestales*; en el IV, la función militar, con recuento de todas las guerras de ese período; en el V, la función legislativa —la tradición de las *leges regiae*, de las que buena parte podría conservarse en la posterior ley de las Doce Tablas— y la judicial, y su relación con el primer senado. La tercera parte presenta, en dos capítulos (VI y VII), la historia de los siete reyes. La cuarta y última (capp. VIII y IX) trata del oscuro tránsito del antiguo *regnum* a la *res publica*, y, como hemos dicho, de las figuras de ese momento que parecen reencarnar el ideal monárquico. En efecto, este ideal del poder personal absoluto no queda definitivamente eliminado, pero, aparte esos momentos en que parece revivir en figuras aisladas, queda siempre un fondo más permanente, durante toda la república romana, que es la misma realidad de que el *imperium* no es divisible, sino que se ejerce solidariamente por cada uno de los colegas; así, aunque de una manera poco clara, late en la república la idea de un reino dual no repartido, sino solidario, cuya pieza de limitación es el veto recíproco, la *intercessio*, entre los colegas.

Cierran la obra los índices onomástico, de fuentes y antiguos autores, geográfico y etnográfico, institucional, y los generales de cuadros, mapas y analítico de materias.

Puede apreciarse en una obra como ésta cómo esa primitiva historia, a pesar de todo su entretejido legendario, presenta, sin embargo, una entidad suficiente para constituir un capítulo propiamente científico de la historia general de Roma. Y esta tesis de Paul M. Martin, con su claridad y su ajustada crítica de los datos, será un valioso instrumento para el estudio universitario, pero también una base siempre útil para ulteriores esfuerzos por esclarecer la primitiva monarquía romana.

ÁLVARO D'ORS

ZECCHINI, G. — *Aezio. L'ultima difesa dell'occidente romano*. Roma, L'Erma di Bretschneider, 1983, 327 pp.

Todo problema histórico es un problema historiográfico. Por ello, uno de los méritos que primero destacan en el libro de G. Z. es el análisis de las interpretaciones de la figura de Aecio y de su época desde el siglo XIX, estudiadas dentro de las condiciones históricas contemporáneas en que aquéllas se produjeron. El análisis histórico es posiblemente una de las actividades intelectuales más sometidas a las condiciones de la propia época de quien las ejerce. A partir de ahí se pueden precisar los problemas: es necesario dejar claro cuándo y por qué surgen las diferentes versiones. En estos temas, la figura de E. Stein ha desempeñado un papel importantísimo. En torno a sus propuestas gira la mayoría de los planteamientos: para él, la figura de Aecio quedaba reducida a un segundo plano frente a Gala Placidia, y representaba el apoyo a la aristocracia latifundista, en contraste con el emperador. El uso de las técnicas prosopográficas permitirá a G. Z. establecer que tal apoyo tenía un carácter selectivo. No se puede definir en bloque el sector social al que apoyaba y en que se apoyaba Aecio.

Por medio de este método crítico, el autor va recorriendo de forma muy precisa toda la política del patricio: su táctica de fuerza con los bárbaros externos y con los bagaudas, los pactos con los bárbaros internos, el apoyo católico, las relaciones privilegiadas con el episcopado local; su debilidad en Italia, donde los antiaecianos privilegiaban a la aristocracia senatorial. Hay que hacer notar, con todo, que el factor político dominante llega a ser, en ocasiones, excesivamente exclusivista. En esta línea, realiza una labor gigantesca, dado que precisa el valor político que contienen las categorías religiosas en el mundo complejo del siglo V, las aristocráticas, según las diferentes familias o zonas geográficas, y sobre todo las de filo-barbarismo y antibarbarismo. Las líneas de coincidencia y discrepancia entre todas ellas no son siempre las mismas, por lo que es preciso rechazar las clasificaciones rígidas.

Con estas armas se enfrenta al problema especialmente complejo de las fuentes, lo que le permite a su vez volver a los hechos armado con un instrumental mucho más utilizable. El análisis exhaustivo de las fuentes permite profundizar en su contenido. Sólo por medio del conocimiento de las «tendencias» se puede establecer la relación que existe entre texto e historia. Sin duda, existen riesgos de caer en un cierto mecanicismo y esquematismo. El autor admite que una fuente se contradiga, pero, en ocasiones, no está del todo libre del simplismo de negarle un dato porque no corresponde a su tendencia. Hay que reconocer, desde luego, la dificultad de esta clase de problemas. El texto histórico contiene innumerables lecturas y sólo es posible acercarse a ellos estudiando de modo coordinado el texto y el fenómeno histórico reflejado en él: cómo influye la época de Aecio en los historiadores contemporáneos o posteriores para que transmitan precisamente esa visión de la misma.

También G. Z. es hijo de los problemas de su época cuando insiste de manera casi obsesiva en la falta de importancia de los factores económicos.

DOMINGO PLÁCIDO

AA. VV. — *Misoginia e maschilismo in Grecia e in Roma*. Pubblicazioni dell'Istituto di Filologia Classica e Medievale dell'Università di Genova. Génova 1982, 121 pp.

Las «Ottave Giornate Filologiche Genovesi», celebradas en febrero de 1980, acogieron un ciclo de conferencias sobre *Misoginia e Maschilismo in Grecia e in Roma*, título que por sí mismo conduce a la curiosidad de su lectura, que no queda defraudada, si es juzgada exclusivamente a nivel informativo. Presuponemos que el mayor interés debió centrarse en las intervenciones de los asistentes, numerosas según el prólogo de esta publicación.

E. Nardi nos introduce en el tema de «La donna antica nel dramma del voluto aborto». Recogemos aquí su categórica afirmación: «I testi che lo sostanziano non sono manipolati, e meno che meno strumentalizzati, e sono tutti i servibili di chiaro peso» (p. 10). Su ida y vuelta a través de autores y argumentos permite ver que el arco del tiempo en este asunto recoge en sus dos polos el ayer y el ahora de un drama que, como dice él mismo, «la donna può vivere, in modo antico, anche oggi» (p. 26), con motivos, causas y razones. El tema encerraba en aquel entonces la actualidad de la ley del aborto italiana, aprobada en 1978.

Analizando el conjunto de las ponencias, nos parece sugerente el camino trazado por M. Sordi y C. Tibiletti, al desarrollar respectivamente los temas «La donna etrusca» y «La donna in Tertuliano», que nos permiten deambular por las diferentes concepciones de la mujer y por las influencias o rechazos del concepto etrusco de la misma en los griegos de los siglos IV-III a. C. y en los romanos. El etrusco era para los griegos y para Horacio, dice Sordi, un marido y un padre fácil. Un hombre dispuesto a tolerar de la mujer, hija o esposa toda la libertad y todas las traiciones. Y las enérgicas y autoritarias *matres familias* de la Etruria romana son las legítimas herederas de una tradición de libertad, de responsabilidad y de indiscutible gobierno familiar (p. 67). Estas afirmaciones contrastan con las expuestas por Tibiletti recogiendo el pensamiento de Tertuliano: «Il maschio inoltre è immagine di Dio più intima e familiare che non la donna... In realtà Dio non ha inteso conferire al maschio alcuna distinzione esteriore per la sua virtù, tanto meno quindi alla donna» (p. 81).

El devenir del ciclo permite, y con gran acierto, las intervenciones de G. Arrighetti acerca de «Il misoginismo di Esiodo» y de S. Rocca: «Dalle Amazzoni alla 'militia Phoebes'».

Como decíamos al principio, un ciclo muy interesante sobre un tema de gran actualidad. Lástima que a veces al bagaje de documentación no se le permita, al menos así nos parece a nosotros, perder el calificativo de meramente informativo.

M.^a J. LÓPEZ DE AYALA

DUMINIL, M.-P. — *Le sang, les vaisseaux, le cœur dans la Collection Hippocratique. Anatomie et physiologie*. Paris, Les Belles Lettres, 1983, 350 pp.

De unos años a esta parte los hipocráticos vienen centrando su atención más en temas puntuales que surgen de la lectura de los tratados hipocráticos que en la globalmente llamada «cuestión hipocrática». Lo que de ninguna manera quiere

decir que los problemas de atribución, autenticidad, cronología, etc., de los escritos hayan sido dejados como caso desesperado. Todo estudioso de Hipócrates tiene ante la vista esa cuestión pendiente y de una u otra manera ninguno deja de intentar su aportación a ella, al hilo del tema que aborda. En este sentido, el libro de M. P. Duminil, aunque no se sustrae a ese intento, debe integrarse en las investigaciones hipocráticas cuya finalidad es la de desvelar aspectos esenciales de la medicina tal y como nos la presenta el *Corpus*. Su estudio es un análisis sistemático y exhaustivo de la difícil cuestión del sistema vascular dentro de los escritos hipocráticos. La autora aborda el tema con la perspectiva de dar una idea sobre la evolución de las concepciones y conocimientos anatómicos y fisiológicos de la medicina antigua. Un primer capítulo está dedicado a la anatomía de los vasos y, tras un recorrido por todos aquellos pasajes que pueden aportar algo de luz al tema, acompañando sus interpretaciones con gráficos, presenta, desde el estadio más antiguo que se puede rastrear, lo que es la evolución de las distintas doctrinas mantenidas sobre el sistema vascular. Un segundo capítulo estudia la fisiología de los diversos líquidos que pueden contener los vasos, así como sus movimientos y su función. Toda la teoría de los humores está aquí presente con revisiones y una auténtica puesta al día de lo que han sido hasta el momento los hitos más señalados sobre esta cuestión básica en el *Corpus*. El tercer, y último, capítulo trata del corazón, en especial del papel que el corazón juega en su relación con el sistema vascular. La bibliografía de ediciones y obras consultadas, un índice de todos los pasajes del *Corpus* y de otros autores citados, y un índice de los conceptos fundamentales completan el libro.

Tras el trabajo de M. P. Duminil se detecta una buena información médica que da a su investigación una gran solidez, al apoyar con ella su buen método filológico. La autora maneja con buen criterio las fuentes, no sólo en lo que se refiere al *Corpus Hippocraticum*, sino aportando muchos testimonios de la literatura griega (especialmente presocráticos y los tratados biológicos de Aristóteles). Por la amplitud y alcance dado al tema, y en lo que a la medicina hipocrática se refiere, quedan rebasados los hasta ahora fundamentales capítulos de las obras de K. Friedrich, *Hippokratische Untersuchungen*, Berlín 1899, y de C. R. S. Harris, *The Heart and the Vascular System in Ancient Greek Medicine*, Oxford 1973.

En cuanto a su aportación al ordenamiento y cronología de los escritos hipocráticos, creo que se prescinde demasiado de los muchos elementos que para una valoración de este tipo deben entrar en juego. Ello hace que, si bien el tema particular aquí tratado pueda apoyar otros indicios en orden a la cuestión de la cronología, las conclusiones de la autora a este respecto no puedan ser tomadas más que con muchas precauciones.

En cualquier caso, el libro ofrece muchísimas pistas de trabajo y, especialmente, su método de investigación debe ser muy tenido en cuenta para el tratamiento de un buen número de problemas que plantean los escritos hipocráticos.

M.^a DOLORES LARA